

DE BUENAS LETRAS

Las 'Pinceladas' de Erica Delgado

JOSÉ LUPIÁÑEZ De la Academia de Buenas Letras

Erica Delgado es una granadina (Motril, 1996), que acaba de publicar su primer libro: 'Pinceladas' (Entrelíneas Editores, Madrid, 2020). Le ha puesto un título que tiene ecos del XIX. Sin embargo, es, a mi modo de ver, un posible paradigma de la juventud española de hoy más avispada, que se interesa por este género no ya secreto, sino casi recóndito, de la poesía. Estudió Comunicación Audiovisual en la Universidad de Granada y obtuvo su Máster de Guion en la Rey Juan Carlos de Madrid. Escribe para portales de noticias y productoras de televisión. Es cinéfila y amante de la música y del teatro.

Erica tiene una bonita voz, la he oído cantar alguna vez; y tiene también buen oído, de ahí que su lírica brote de una sensibilidad más que adiestrada en esos fundamentos tan determinantes para quienes trabajan con las palabras. Su libro es fruto de su juventud rebelde e inconformista. Es un libro heterogéneo con asomos de heterodoxia, y nos muestra las inquietudes de una joven que observa y lee la vida que fluye o circula a su alrededor, pero también ahonda en esos estados intermedios del ánimo y en las «heridas/ que no me dejan/ vivir». Su poética tiene mucho de urbano y de iconoclasta, pero sobre todo humor, grandes

dosis de humor, y de ironía e incluso, alguna vez, hasta de sarcasmo. Un buen número de sus composiciones escoran hacia lo narrativo (son casi microrrelatos algunas de ellas), lo que no es de extrañar en una guionista que subraya lo visual y trata de apresar las atmósferas en las que discurren esas gentes del común que son sus verdaderos héroes o heroínas, según el caso.

También despliega sus escenografías: Madrid, Baeza, Oporto, Granada, Úbeda; y sus referentes, tan dispares como: Marina Abramovic o Revello de Toro en el terreno de las artes, o Svetlana Alexiévich y Muriel Barbery en el de las letras, por citar algunos ejemplos. Pero sus versos, sobre todo, transmiten arrebatado, vitalidad, y en ellos se cuelan, junto a un sentimiento romántico de compromiso republicano y combativo, el cine y la música, los zootropos y los tuits, el air hockey, las performances o los karaokes... Es el presente el tiempo verbal que prevalece, porque ella lo representa, jugando a veces con las estructuras circulares o las paronomasias, como en el poema 'Violencia' que dice: «Balas, velas, vino/ Un niño se para en mitad de la acera:/ —Mamá, tengo miedo al fracaso». Un presente, el suyo, que contagia entusiasmo.